

que nadie quiere ver, le llevaron á prisión y á una muerte prematura.

66. *Punible y jamás castigado.*—Nuestro crimen en lo que respecta á los criminales consiste en que los tratamos como lo harían los cobardes.

67. *Santa simplicidad de la virtud.*—Toda virtud tiene sus privilegios, por ejemplo, el de llevar á la hoguera de un condado el contingente de su pequeño haz de leña.

68. *Moralidad y consecuencia.*—No son tan sólo los espectadores de un acto los que miden con más frecuencia la moralidad de sus consecuencias: no; el mismo autor hace esa apreciación, puesto que los asuntos y la intención son rara vez claros y sencillos, y á menudo la memoria se turba por la consecuencia de la acción, lo mismo que se atribuyen á la propia acción motivos falsos, ó se hacen no esenciales los que lo son. El éxito da frecuentemente á una acción todo el honrado esplendor de la buena penetración; el fracaso sombrea con el remordimiento la acción más respetable.—De allí nació la conocida práctica del político que dijo: «Dadme solamente el éxito; con él pondré de mi lado á todas las almas honradas, y me haré honrado ante mis propios ojos.» De igual modo puede decirse que el éxito suple á la superior. Todavía hoy, bastantes hombres cultos piensan que la victoria del cristianismo sobre la filosofía griega es prueba concluyente de la verdad del primero, aun cuando en este caso no haya existido sino el triunfo de la grosería y de la violencia sobre la inteligencia y la delicadeza. Lo que hay de grande en esta verdad, puede deducirse del hecho que el despertar de las ciencias ha reunido de nuevo punto por punto la teoría de Epicuro, pero no ha refutado al cristianismo.

69. *Amor y justicia.*—¿Por qué se enaltece al amor con perjuicio de la justicia, y se le quiere dar mayor alcance, diciendo de él las cosas más bellas, como si fuera superior á la justicia? ¿No es, en último extremo, el amor, infinitamente menos inteligente que aquélla? Seguramente; pero esto es sin duda lo que le hace *más agradable* á todos; es ciego y posee un rico cuerno de abundancia; de aquél saca la distribución de los dones que concede á cada cual, aunque no lo merezca, aunque por ellos no reciba la menor gratitud. Es tan imparcial como la lluvia que, según la Biblia y la experiencia, cala hasta los huesos, no sólo al injusto, sino también al justo en ocasiones.

70. *La ejecución.*—¿En qué consiste que toda ejecución nos choque más que un asesinato? La sangre fría del juez, los preparativos del suplicio, la idea de que, en tales circunstancias, se usa de un hombre para atemorizar á los demás; y esto con tanta mayor razón cuanto que la falta no es castigada, caso de haber alguna: la falta la han cometido los maestros, los padres, los amigos de la víctima; nosotros mismos, no el sentenciado; creo que hablo de circunstancias determinantes.

71. *La esperanza.*—Pandora llevó su caja llena de males, y la abrió. Era el presente de los dioses á los hombres; presente bello en apariencia, y seductor, se le llamaba el «vaso de la dicha». Entonces salieron juntos con vuelo igual todos los males, seres vivos alados: desde entonces revolotean alrededor de nosotros y nos mortifican noche y día.—Sólo un mal no se había escapado del vaso: entonces Pandora, siguiendo la voluntad de Zeus, tiró la cobertera y quedó dentro. Desde entonces el hombre tiene en su propia casa, dentro de sí mismo, el vaso de la dicha, y piensa ma-



ravillas del tesoro que posee en aquél; se entrega á su servicio, y busca la manera de cogerlo cuando de ello tiene deseo; porque no sabe todavía que el vaso que le llevó Pandora es el vaso de los males, y que el mal que guarda en su fondo, es la mayor de las infelicidades (*la Esperanza*). Zeus quería, en efecto, que el hombre, cualesquiera que fuesen los males que soportara, no echase lejos de sí el de la vida, para que así tuviera que dejarse torturar siempre de nuevo. Por esto es por lo que dejó al hombre la Esperanza: y la Esperanza es en verdad el peor de los males, porque prolonga los suplicios de los hombres.

72. *El poder calórico moral es desconocido.*—El hecho de haber ó no haber tenido ciertas impresiones ó presenciado ciertos espectáculos, por ejemplo, el de un padre injustamente condenado á muerte ó martirizado, de una mujer infiel, de algún cruel ataque de un enemigo, decide que nuestras pasiones lleguen á la temperatura de incandescencia y dirijan toda la vida ó no. Nadie sabe hasta dónde pueden llevarle las circunstancias, la piedad, la indignación; nadie conoce el grado de su poder calórico. De miserables pequeñas circunstancias, nace lo miserable; no es ordinariamente de la cualidad de los sucesos, sino de la cantidad, de lo que depende la bajeza ó la elevación del hombre para el bien ó para el mal.

73. *El mártir á su pesar.*—Había en cierto partido un hombre que era demasiado torpe y demasiado cobarde para atreverse alguna vez siquiera á contradecir á sus camaradas; se le empleaba en todo, todo se obtenía de él, porque temblaba ante la mala opinión de sus correligionarios más que ante la misma muerte: era una pobre alma débil. El cobarde se decía interiormente siempre y con gusto: «No», pero decía

siempre «Sí» con los labios, y esto aun en el cadalso, cuando murió en defensa de las ideas de su partido, porque cerca de él veía uno de sus antiguos compañeros que le tiranizaba con la palabra y con la vista, al punto de que tenía que sufrir la muerte del modo más constante; y sin embargo, después ha sido celebrado como un mártir y como un gran carácter.

74. *Escala de medida para todos los días.*—Muy rara vez se engañará el hombre si atribuye las acciones sublimes á la vanidad, las medianas á la costumbre y las pequeñas al temor.

75. *Mala comprensión de la virtud.*—Aquel que ha aprendido á conocer la falta de virtud, estando identificado con el placer, así como aquel á quien sigue una juventud ávida de goces, se imagina que la virtud debe estar unida á la falta de placer. Quien, por el contrario, ha sufrido mucho por sus pasiones y sus vicios, aspira á tener en la virtud el descanso y la dicha del alma. Por ésto podríamos decir que dos virtuosos no se entienden absolutamente.

76. *El asceta.*—El asceta hace de la virtud necesidad.

77. *El honor transportado de la persona á la causa.*—Acostumbramos honrar los actos de amor y de sacrificio en provecho del prójimo dondequiera que se presenten. Con ello acrecentamos la estimación de las cosas por amarlas de tal manera ó por sacrificarnos por ellas, por más que no tengan quizá gran valor. Un ejército valeroso atrae las convicciones de todos en favor de la causa por la cual combate.

78. *La ambición sucedánea del sentido moral.*—El sentido moral puede no deber faltar en naturalezas que no tienen ambición. Los ambiciosos, á su vez, pueden pasarse sin él casi con el mismo resultado. Por esto



los hijos de familias modestas que repugnan la ambición, si llegan á perder el sentido moral, se hacen rápidamente bandoleros refinados.

79. *La vanidad enriquece.*—¡Qué pobre sería el espíritu humano sin la vanidad! Pero con ella se asemeja á un almacén bien lleno y siempre llenándose de nuevo, que atrae parroquianos de toda clase: pueden encontrar allí casi todo, siempre que tengan consigo el género de moneda que circula (la admiración).

80. *Anciano y muerto.*—Abstracción hecha de las exigencias que impone la religión, se encuentra uno autorizado para preguntarse: ¿por qué habría más gloria para un hombre envejecido, cuyas fuerzas decaen rápidamente, en esperar su lenta disolución y agotamiento, que en fijarse él mismo su término con plena conciencia? El suicidio es, en este caso, una acción próxima y natural que siendo una victoria de la razón, debería, en justicia y equidad, excitar el respeto: y el hecho es que lo excitaba en los tiempos en que los jefes de la filosofía griega y los patriotas romanos más valerosos tenían costumbre de morir suicidas. Por el contrario, la sed de prolongarse la vida, día por día, por medio de la consulta inquieta á los médicos y del régimen más pesado sin la fuerza de fijarse el término de la propia vida, es mucho menos respetable. Las religiones son ricas en expedientes contra la necesidad del suicidio: es un medio de insinuarse por el halago en los hombres que están enamorados de la vida.

81. *Errores del pasivo y del activo.*—Cuando el rico se apodera de un bien que pertenece á un pobre (por ejemplo un príncipe que le arrebatara su mujer), se produce un error en el pobre, piensa que el otro debe ser muy abominable por haberle quitado lo poco

que posee. Pero el otro está muy lejos de tener un sentimiento tan profundo de un *solo* bien, no puede, pues, penetrar en el alma del pobre, y no le agravia tanto como éste cree. Ambos tienen idea falsa respecto del otro. La injusticia del poderoso que subleva más que nada en la historia, no es tampoco tan grande como parece. Sólo el sentimiento hereditario de ser un ser superior con derechos superiores, da bastante calma y deja la conciencia en reposo; nosotros mismos, siendo como somos, cuando la diferencia entre nosotros y los demás es muy grande, no abrigamos ya ningún sentimiento de injusticia, y matamos por ejemplo una mosca sin el menor remordimiento. No da, pues, señal de maldad Jerjes (á quien todos los griegos representan como eminentemente noble), cuando arrebató un hijo á su padre y le hace despedazar por haber manifestado desconfianza inquietante y de mal agüero para el éxito de la expedición. El individuo es en semejante caso, descastado, como un insecto desagradable; está colocado demasiado bajo para que pueda excitar remordimiento de larga duración en el señor del mundo. No, el hombre cruel no es jamás cruel en la medida que supone aquél á quien maltrata; su concepto del dolor no es igual al sufrimiento del otro. Pasa lo mismo con los jueces injustos, con el periodista, que por pequeñas faltas de honradez, extravía la opinión pública. La causa y el efecto corresponden en todo caso á grupos muy diferentes de sentimientos y de pensamientos; sin embargo, supone uno involuntariamente que el autor y la víctima piensan y sienten del mismo modo, y conforme á esa suposición, se mide la falta del uno por el dolor del otro.

82. *La piel del alma.*—Así como los huesos, los músculos, las entrañas y los vasos sanguíneos están



cubiertos con una piel que hace soportable el aspecto del hombre, del mismo modo las emociones y las pasiones del alma están envueltas en la vanidad, piel del alma.

83. *Sueño de la virtud.*—Cuando la virtud duerma, se levantará más lozana.

84. *Sutileza de la vergüenza.*—Los hombres sienten vergüenza, no por tener algún bajo pensamiento, sino porque se figuran que se les atribuye ese mismo bajo pensamiento.

85. *La maldad es rara.*—La mayor parte de los hombres están harto ocupados en sí mismos para ser malvados.

86. *Las pesas de la balanza.*—Se alaba ó se censura, según que lo uno ó lo otro nos da mejor ocasión para hacer lucir nuestra fuerza de raciocinio.

87. *Corrección á Lucas, 18, 14.º*—El que se humilla, quiere hacerse ensalzar.

88. *Prohibición del suicidio.*—Hay un derecho que nos permite tomar la vida de un hombre; no hay ninguno que nos permita tomar su muerte, es pura crueldad.

89. *Vanidad.*—Nos inquietamos de la buena opinión de los hombres, primero, porque nos es útil, después, porque queremos hacernos con amigos (los hijos de sus padres, los estudiantes de sus maestros, y las personas benévolas, en general, del resto de los hombres). Solamente cuando la buena opinión de los hombres es estimada por alguno prescindiendo de su ventaja ó de su deseo de complacer, es cuando hablamos de vanidad. En este caso el hombre quiere complacerse en sí mismo, pero á expensas de los demás, ó bien llevándoles á formarse una falsa opinión de él, ó bien aspira á un grado tal de «buena opinión», que llegará

á hacerse pesado á los demás, excitando su envidia. El individuo quiere, de ordinario, por medio de la opinión de otro, acreditar y fortificar á sus propios ojos la opinión que tiene de sí mismo; pero el poderoso ejercicio de la autoridad—usanza tan antigua como el hombre—lleva á muchas personas hasta á apoyar en la autoridad su propia fe en sí mismo, y, por lo tanto, á no recibirla sino de otro: se fían en el juicio de los demás más que en el propio. El interés que uno toma por sí mismo el deseo de la propia satisfacción alcanza en los vanidosos un nivel tal, que conducen á los demás á una estimación de sí mismo falsa, demasiado elevada, y que en seguida se someten, sin embargo, á la autoridad de los otros: así introducen el error, y al mismo tiempo le presta crédito. Hay, pues, que confesar que los vanidosos no desean tanto complacer á otros como complacerse á sí mismos, y que van bastante lejos para descuidar su provecho; pues creen de importancia frecuentemente preparar á sus semejantes á disposiciones desfavorables, hostiles, envidiosas, y por lo tanto, desventajosas para ellos, nada más que por obtener la satisfacción de su yo, el contento de sí mismos.

90. *Límites de la filantropía.*—Todo hombre que ha decidido que otro es un imbécil, un pobre diablo, se enoja cuando éste demuestra que no lo es.

91. *Moralidad lacrimosa.*—¡Cuánto placer produce la moralidad! ¡Piénsese solamente en el mar de agradables lágrimas que han corrido ya por la recitación de rasgos móviles, magnánimos! Este atractivo de la vida desaparecería si la creencia en la irresponsabilidad absoluta llegara á dominar.

92. *Origen de la justicia.*—La justicia, la equidad, tiene origen en los hombres más ó menos *igualmente*



*poderosos*, como Tucídides lo ha expresado muy bien en el honroso diálogo entre los diputados atenienses y los médicos (1). Es á saber que allí donde no hay poder claramente reconocido como predominante y donde una lucha no conduciría sino á daños recíprocos sin resultado, nace la idea de un acuerdo y de discutir las pretensiones de una y otra partes: el carácter del trueque es el carácter inicial de la justicia. Cada uno da satisfacciones á otro para que cada cual reciba lo que da á más alto precio que el otro. Se da á cada cual lo que quiere tener, de modo que en adelante sea suyo, y en cambio, se recibe el objeto del propio deseo. La justicia es, pues, una compensación y un trueque en la hipótesis de una potencia aproximadamente igual: y así es también cómo, originariamente, la venganza pertenece al reinado de la justicia y es un cambio. Lo mismo sucede con el reconocimiento. La justicia se vuelve, naturalmente, al punto de vista de una observación juiciosa, y por lo tanto, al egoísmo, por medio de esta reflexión: «¿Con qué objeto causarme daño inútil, sin realizar quizá mi propósito?» He aquí el origen de la justicia. Porque los hombres, siguiendo su costumbre intelectual, han *olvidado* el fin original de los actos justos, equitativos, y sobre todo, porque durante siglos los niños han sido educados para admirar é imitar tales actos, poco á poco ha nacido la apariencia de que un acto justo sería un acto no egoísta. Es, pues, en esta apariencia donde descansa la alta estimación que se tiene por aquélla, la cual, además, como toda estimación, está continuamente empeñada en elevarse todavía, pues una cosa altamente estimada, trata de alcanzarse por medio de sa-

(1) Tucídides, V, 85-III.

crificios, imitada, multiplicada y engrandecida por el hecho de que al valor del trabajo y del celo que cada cual dedica á ella, viene á añadirse el precio de la cosa misma. ¡Qué poco moral sería el aspecto del mundo, sin la facultad del olvido! Un poeta podría decir que Dios ha instalado el olvido como un ujier en el umbral del templo de la dignidad humana.

93. *El derecho del más débil*.—Cuando alguien se somete, como por ejemplo, una ciudad asaltada, se somete bajo condición á otra más poderosa; la condición es que uno pueda anonadarse ó incendiar la ciudad, y así causar fuerte pérdida al poderoso. Por ello se produce, en este caso, una especie de *igualdad*, que puede servir de fundamento á derechos. El enemigo encuentra su provecho en la conservación. En este sentido existen también derechos entre esclavos y amos, es decir, en la exacta medida en que la posesión del esclavo es útil é importante para el amo. *El derecho* se extiende originariamente hasta el *límite* en que uno *parece* al otro precioso, esencial, imperdible, invencible, etc. En este sentido, los más débiles tienen también derechos, aunque menores. Proviene de allí el famoso *unusquisque tantum juris habet, quantum potentia valet* (ó más exactamente: *quantum potentia valere creditur*).

94. *Las tres fases de la moralidad hasta nuestros días*.—La primera señal de que el animal ha evolucionado hasta hacerse hombre, se presenta cuando sus actos no se relacionan ya al bienestar momentáneo, sino á las cosas duraderas, cuando, por consiguiente, el hombre busca la *utilidad*, la *apropiación de un fin*; tal es la primera aparición del libre gobierno de la razón. Se alcanza un grado superior, cuando se actúa conforme al principio del *honor*; gra-



cias á él se disciplina, se somete á sentimientos comunes, y esto hace sobrepasar la fase en que la utilidad entendida personalmente era el solo guía; honra y quiere ser honrado, es decir, concibe lo útil como dependiente de su opinión sobre otro, sobre la opinión de otro sobre él. En fin, trabaja en el grado más elevado de la moralidad *hasta nuestros días* y conforme á su propia medida de las cosas y de los hombres, y decide por sí mismo y los demás lo que es honorable, lo que es útil; se hace legislador de las opiniones conforme al concepto siempre más desarrollado de lo útil y de lo honorable. La ciencia le hace capaz de preferir lo más útil, es decir, la utilidad general mantenida en la utilidad personal, el reconocimiento respetuoso de un valor general durable sostenido en el de un momento; vive y trabaja como una personalidad colectiva.

95. *Moral del individuo llegado á la madurez.*—Hasta ahora hemos mirado como carácter propio de la moral la impersonalidad; y se ha demostrado que, en el principio, la consideración de la utilidad general era la causa por la que se alababan y distinguían todos los actos impersonales. ¿No habría lugar para una transformación importante de estas ideas, ahora que uno se apercibe más y más de que es precisamente en las consideraciones *más personales* posibles donde la utilidad general es también la más grande, por lo mismo que justamente la conducta personal más estricta responde al concepto actual de la moralidad (entendida como utilidad general)? Hacer de uno mismo una *persona* completa, y en todo lo que se hace proponerse uno mismo su *mayor bien*, vale mucho más que esas miserables emociones y acciones en provecho de otro. A la verdad, padecemos todavía de

demasiado poco respeto á la personalidad en nosotros; ésta está mal educada, es necesario confesarlo; se ha separado muy violentamente nuestro pensamiento de la personalidad, para ofrecerla en sacrificio al Estado, á la ciencia, á aquel que tiene necesidad de ayuda, como si la personalidad fuera un elemento malo que debiera ser sacrificado. También hoy queremos trabajar por nuestros semejantes, pero solamente en la medida en que hallamos en aquel trabajo nuestro mayor provecho, ni más ni menos. Se trata solamente de saber qué se entiende *por propio provecho*: todo individuo no maduro, no desarrollado, grosero, lo entenderá siempre de modo grosero.

96. *La moral y el moral.*—Ser moral, tener buenas costumbres, tener virtud, todo esto significa practicar la obediencia hacia una ley y una tradición fundadas desde hace largo tiempo. Que uno se someta á ellas con dificultad ó con agrado es indiferente: basta someterse. Aquel que se llama «bueno» es, en resumen, el que por naturaleza, por efecto de larga herencia, y por lo tanto, con facilidad y gusto, procede conforme á la moral, cualquiera que ella sea; por ejemplo, vengarse, si vengarse es, como entre los griegos antiguos, una buena costumbre. Se le llama bueno, porque es bueno para «algo»; así como la benevolencia, la piedad, la deferencia, la moderación, etc., concluyen, en el cambio de costumbres, por ser siempre sentidas como «buenas para algo», como útiles; así más tarde sólo se llama «bueno» al benévolo, al caritativo. En el origen eran otras especies más importantes de utilidad las que ocupaban lugar preferente. Ser malvado es ser no moral (inmoral), practicar la inmoralidad, resistir á la tradición por racional ó absurda que sea; el daño hecho á la comunidad (y al prójimo que en